

Tu y el Domingo

No creas, amable lector, que pretendo presentarte una sana conducta respecto al modo de pasar el domingo ni curiosar como lo pasas; no me incumbe a mi meterme en tus asuntos domingueros, que supongo serios. Y ¿por qué no decirlo?, ya me imagino que lo santificas oyendo la última misa con más o menos atención y devoción y quien sabe si para salvar el tiempo que hay entre las doce hasta la comida. Creo de buena fe que eres católico y cumples como buen cristiano santificando el domingo y las fiestas de obligación.

Dejamos, pues, en claro, que el domingo lo santificas como es debido; mejor dicho: de momento por la mañana cumples bien, incluso te sientes un poco con alma de apóstol al invitar aquel amigo a que te acompañe a la Iglesia.

No dudo, pues, que seremos buenos amigos y, si me permites, voy a pasar el resto del día en tu compañía.

• • •

¡Cómo! ¿Vas a ir a este baile? Dices que te han invitado porque es el cumpleaños de cierta amiga. Créeme: no vayas. Te empeñas? Pues entremos: creo que ellos no tendrán inconveniente. Estarás contento. Sentémonos... ¡Qué humo hay!.. Ya tocan los músicos... Permite me, amigo, que te señale aquella pareja que ha pasado ahora por nuestro lado: hacen cara de aburridos, parece que se esfuerzan en sonreír. Fíjate en este grupito de ahí al frente: ellos esforzándose en explicar no se que clase de chistes; ellas parece que lo

celebran y no se dan por ofendidas, cosa que si tuviera lugar en la calle...

Claro, tienes razón: «¿Cómo pasar la tarde?» Casi no hay nada más; pero marchémonos, vámonos de aquí que ya estoy mareado de tanto tabaco rubio y cuerpos rígidos. Salgamos a la calle. Que diferencia de aire! Ya respiro un poco... Fíjate que puesta de sol tan magnífica...

• • •

Bien; ahora me toca a mi invitarte. No creas que te invite a la casa de ninguna amiga sino que el domingo próximo nos iremos hacer un poco de salud. Iremos a la primera misa; no te asustes, ya verás la agradable impresión que te llevarás cuando oigas el alegre trinar de los pajarillos mañaneros, al nacer el día que las aves del cielo saludan con alegres cantos de júbilo.

Después de oír misa nos iremos no muy lejos: a aquella montaña que tiene su ermita escondida, pasaremos el domingo al arrullo de la mansa alameda que sombrea la fuente del bosque y entonces me dirás en donde se encuentra la alegría, si allí o bien comprándola con unas miserables pesetas en la taquilla de algún cinema o sala de baile. ¡Qué! ¿No has ido nunca de excursión?..

Creo que oigo música por aquella plaza. están tocando sardanas; vámonos a puntearlas con entusiasmo, porque es más noble y española esta danza que el ruido extranjero y excitante del jazz.

FECO.